

Guerra en el Antropoceno

La hiperrealidad de la economía biofísica-militar

Traducción: Nuria del Viso

El artículo analiza cómo la irrupción del Antropoceno, asociado a un aumento exponencial del consumo de combustibles fósiles y materiales, y al aumento de las emisiones de CO₂, guarda conexiones con el incremento de los conflictos y la violencia mundial. La conflictividad se ha disparado y está proliferando en formas nuevas y sorprendentes en esta era a medida que los nodos más vulnerables de la civilización humana han comenzado a experimentar brechas y colapsos superpuestos debido a la aceleración de las crisis convergentes de clima, energía, alimentos y agua. Ecocidio y genocidio corren, pues, paralelos.

El Antropoceno. Una propuesta de una nueva época geológica que designa el cambio a una era del planeta dominada por los impactos humanos sobre los procesos geológicos de la Tierra.

Los geólogos cuestionan la duración, relevancia e incluso la precisión del concepto, pero el término ha entrado con fuerza en el léxico científico a medida que un número cada vez mayor de expertos en innumerables disciplinas reconocen que, por primera vez en la historia, el futuro de todo el planeta, durante generaciones si no milenios, está fundamentalmente determinado por las actividades de la especie humana.

El impacto sin precedentes del cambio climático antropogénico es, quizás, lo que ha constituido el elemento más importante en los esfuerzos por definir el Antropoceno como una nueva era singular en la historia de la Tierra. Múltiples advertencias respaldadas por un consenso global de científicos del clima han advertido en las últimas décadas que las actividades humanas, a través del aumento del consumo de recursos –en particular, la quema de petróleo, gas y carbón– están desestabilizando el ciclo natural del carbono de

Nafeez Ahmed es doctor en relaciones internacionales, periodista de investigación sobre la geopolítica. Es director de la plataforma INSURGE intelligence, columnista en VICE e investigador de Schumacher Institute.

la Tierra.¹ Durante cientos de miles de años, el planeta ha mantenido un equilibrio, un espacio donde operar de forma segura que ofrece un entorno óptimo para la convivencia humana y de otros seres, durante el cual la cantidad de carbono emitido y absorbido por los ecosistemas planetarios ha permanecido estable.²

Desde la Revolución industrial, sin embargo, a medida que la civilización humana se ha expandido inexorablemente se consumen más combustibles fósiles y han aumentado exponencialmente las emisiones asociadas de dióxido de carbono (CO₂), superando la capacidad de absorción del planeta. El resultado ha sido un aumento constante de las temperaturas medias globales. Los científicos advierten que las mayores emisiones de CO₂ a la atmósfera, que captura más calor, están causando a su vez estragos en el clima, la meteorología y los sistemas ecológicos de la Tierra. A medida que la civilización humana continúa su expansión, mientras sigue quemando cantidades cada vez mayores de combustibles fósiles, la comunidad científica en torno al clima advierte que por encima de cierto nivel de CO₂ y calentamiento global, los ecosistemas planetarios cambiarán, pasado un punto de inflexión clave, a una nueva y peligrosa era que se escapa a las condiciones de los cientos de miles de años anteriores, más allá de lo que los seres humanos han experimentado hasta ahora.

Si continuamos en la tendencia actual, las proyecciones conservadoras sugieren que nos dirigimos hacia un aumento de temperatura de 3 a 6°C.³ Otros, como Schrodgers, la firma de inversión global, sugieren que podríamos dirigirnos hacia un planeta con un aumento de temperatura de 8°C a la tasa actual de consumo de combustibles fósiles,⁴ o, según un estudio financiado por la División de Investigación sobre Cambio Climático del Departamento de Energía de EEUU, por los «bucles de retroalimentación amplificadas» que provocan procesos del sistema terrestre alterados, que a su vez generan más gases de efecto invernadero.⁵ Existe bastante consenso científico que entre 4-6°C se crearía tal nivel de caos que el planeta se volvería mayormente inhabitable.⁶ Determinar ese umbral es complicado y depende de un concepto llamado «sensibilidad del sistema de la Tierra» que alude a cuán sensibles

¹ J. Cook et al., «Consensus on consensus: a synthesis of consensus estimates on human-caused global warming», *Environmental Research Letters*, vol. 11, núm. 4, 2016, disponible en: <https://iopscience.iop.org/article/10.1088/1748-9326/11/4/048002>

² J. Rockström, W. Steffen y J. A. Foley, «A safe operating space for humanity», *Nature*, vol. 461, pp. 472–475, 2009, disponible en: <https://www.nature.com/articles/461472a>.

³ N. Ahmed, *A User's Guide to the Crisis of Civilization: And How to Save It*, Pluto, Londres, 2010.

⁴ N. Ahmed, «Global Investment Firm Warns 7.8 Degrees of Global Warming Is Possible», *VICE*, 9 de agosto de 2017, disponible en: https://www.vice.com/en_us/article/433yg9/global-investment-firm-warns-78-degrees-of-global-warming-is-possible

⁵ M. S. Torn y J. Harte, «Missing feedbacks, asymmetric uncertainties, and the underestimation of future warming», *Geophysical Research Letters*, vol. 33, núm. 10, 2006, disponible en: <https://agupubs.onlinelibrary.wiley.com/doi/full/10.1029/2005GL025540>

⁶ D. Wallace-Wells, *The Uninhabitable Earth: A Story of Our Future*, Penguin, Londres, 2019.

son los ecosistemas del planeta al cambio de CO₂. Pero incluso en una estimación conservadora de la sensibilidad, un planeta que atravesase un aumento de 3°C como al que nos dirigimos debe considerarse, como mínimo, no solo peligroso, sino *extremadamente peligroso*;⁷ y dentro de este umbral de 3-4°C probablemente se crearían tales condiciones que harían cada vez más inviable tanto la civilización humana como sus infraestructuras.⁸

Las agencias de seguridad occidentales coinciden en que si bien el cambio climático en sí mismo no produce automáticamente conflicto, actúa como un "amplificador" que aumenta la posibilidad de conflicto

Muchos estudios han evaluado si esta trayectoria de cambio climático aumentará la posibilidad de conflicto. En su mayor parte, las agencias de seguridad nacional occidentales que han examinado el tema coinciden en que si bien el cambio climático en sí mismo no produce automáticamente la guerra, actúa como un "amplificador" que aumenta la posibilidad de conflicto, debido a sus impactos en términos de escasez de agua, deterioro de los sistemas alimentarios críticos, disrupción de los suministros de energía convencionales y el impacto impredecible de fenómenos meteorológicos extremos que a veces pueden devastar las infraestructuras y provocar el colapso de los servicios públicos. En esos contextos de continuidad de las tendencias actuales, el estallido creciente de guerras y conflictos es reconocido ampliamente como un síntoma probable del cambio climático. Es revelador que la Administración Trump estuviera considerando en marzo de 2019 la creación de un comité de la Casa Blanca para cuestionar los hallazgos de decenas de evaluaciones militares y de inteligencia de EEUU sobre los graves riesgos de seguridad que plantea el cambio climático.⁹

En el peor de los escenarios, la guerra sería el menor de nuestros problemas: corremos el riesgo de que la Tierra se convierta en un horno. Un estudio publicado en las Actas de la Academia Nacional de Ciencias [de EEUU] descubrió que el riesgo de un planeta inhabitable no es simplemente una posibilidad remota que podría desencadenarse en el futuro ante la subida de varios grados de la temperatura, sino que podría desencadenarse de manera inminente, o incluso podría ya haberse activado en el estadio actual de aumento de tempe-

⁷ K. Anderson y A. Bows, «Beyond 'dangerous' climate change: emission scenarios for a new world», *Philosophical Transactions*, vol. 369, núm. 1934, 2011, disponible en: <https://royalsocietypublishing.org/doi/full/10.1098/rsta.2010.0290>

⁸ M. New, D. Liverman, H. Schroder y K. Anderson, «Four degrees and beyond: the potential for a global temperature increase of four degrees and its implications», *Philosophical Transactions*, vol. 369, núm. 1934, 2011, disponible en: <https://royalsocietypublishing.org/doi/full/10.1098/rsta.2010.0303>

⁹ P. H. Gleick, «A History of U.S. Defense, Intelligence, and Security Assessments of Climate Change», blog personal, 5 de marzo de 2019; actualizado el 11 de junio de 2019, disponible en: <https://www.gleick.com/blog/a-history-of-u-s-defense-intelligence-and-security-assessments-of-climate>

ratura de 1°C por encima del promedio preindustrial que el ex jefe de los científicos del clima de la NASA, James Hansen, ha sostenido que es el límite máximo de seguridad.¹⁰

El cambio climático, sin embargo, es solo una faceta de la crisis. Nuestro modelo de civilización, movilizadado por el incremento exponencial del consumo de energía y recursos ha visto cómo las actividades humanas, la explotación y la generación de residuos se aceleran en todo el planeta. Esto, a su vez, ha provocado una escalada de la crisis de biodiversidad que conduce a cambios potencialmente irreversibles en los suelos y los océanos, lo que genera la extinción masiva de especies.

Hace unos 15 años, la Evaluación de los Ecosistemas del Milenio de la ONU proporcionó una de las primeras y más condenatorias visiones de la destrucción causada por los seres humanos que define el Antropoceno. El informe señaló mediados del siglo XX como un punto de inflexión hacia una nueva era, donde la rápida implantación de la agricultura industrial fue acompañada del colapso creciente de la biodiversidad. No solo se ha multiplicado el consumo de alimentos, agua y combustibles en el último medio siglo, sino que ha invadido exponencialmente los hábitats de la Tierra en una magnitud superior a toda la historia humana. La tasa de extinción de especies fue «hasta mil veces más alta que el registro fósil», donde por «cada mil especies de mamíferos, menos de una se extinguió cada milenio», según un informe de la ONU. En ese informe la ONU proyectó que la tasa de extinción será «diez veces más alta» en un futuro cercano.¹¹

La situación evoluciona mucho peor de lo que se esperaba. Este año, la Plataforma Intergubernamental de Ciencia y Política de la ONU sobre Biodiversidad y Servicios Ambientales concluyó que un millón de los ocho millones de especies animales y vegetales del planeta están en peligro de extinción en un futuro próximo debido a la expansión de las sociedades humanas que han impulsado la crisis climática, la pérdida de hábitat, la sobrepesca, la contaminación y las especies invasoras.¹²

Numerosos estudios han advertido que nuestra civilización se dirige hacia el colapso si seguimos en la trayectoria actual. Un estudio financiado por la NASA estableció que el actual modelo de crecimiento sin fin de la civilización humana podría conducir a rendimientos decrecientes que aumentarían la estratificación económica, culminando así en el colap-

¹⁰ W. Steffen, J. Rockström, K. Richardson et al., «Trajectories of the Earth System in the Anthropocene», *PNAS*, vol. 115, núm. 33, pp. 8252-8259, 2018, disponible en: <https://www.pnas.org/content/115/33/8252>

¹¹ R. P. Marzec, «Securing the future in the anthropocene: A critical analysis of the millennium ecosystem assessment scenarios», *Elem Sci Anth*, vol. 6, núm. 1, p. 42, disponible en: <https://www.elementascience.org/articles/10.1525/elementa.294/>

¹² A. Purvis, «A million threatened species? Thirteen questions and answers», página web de National History Museum, disponible en: [html https://www.nhm.ac.uk/discover/news/2019/june/a-million-threatened-species—thirteen-questions-and-answers.html](https://www.nhm.ac.uk/discover/news/2019/june/a-million-threatened-species—thirteen-questions-and-answers.html)

so. Según parecía mostrar el modelo, todas las civilizaciones tienden a seguir una trayectoria de crecimiento con una creciente intensificación de la complejidad, donde se innova de manera continuada para resolver los problemas y se adquieren mayores niveles de complejidad. Con cada nueva capa se generan problemas más complejos, que requieren una capa aún más compleja de resolución, lo que a su vez genera nuevos problemas. El ciclo, basado en el trabajo del arqueólogo Joseph Tainter que estudió docenas de civilizaciones antiguas, parece sugerir que cualquier civilización eventualmente colapsará bajo el peso insostenible de su propia complejidad.¹³

No solo se ha multiplicado el consumo de alimentos, agua y combustibles en el último medio siglo, sino que ha invadido exponencialmente los hábitats de la Tierra en una magnitud superior a toda la historia humana

Un modelo científico desarrollado por la Universidad Anglia Ruskin con fondos del Ministerio británico de Relaciones Exteriores mostró que cuando se lleva adelante la trayectoria de la tendencia actual apunta a que la civilización humana probablemente colapsaría alrededor de 2040 acosada por la irrupción de las crisis convergentes del clima, energía, alimentos y agua. Eso devastaría las economías regionales en medio de una epidemia de disturbios por alimentos. La guerra convencional, en cambio, daría paso a la proliferación de revueltas civiles dentro, entre y a través de las fronteras.¹⁴

El ex jefe de las fuerzas armadas de Australia respaldó el análisis de un escenario basado en la literatura científica revisada por expertos para proyectar una evolución plausible de continuar con las tendencias actuales, y fundamentado en lo que sabemos actualmente de cómo los ecosistemas planetarios pueden responder a las emisiones de CO₂ inducidas por el hombre. El escenario sugería que para 2050, las sociedades humanas enfrentarían un «caos absoluto» debido a la escalada de los impactos del clima en ecosistemas clave, y en el que 2.000 millones de personas sufrirían escasez de agua y otros 1.000 millones tendrían que desplazarse para sobrevivir. Las perspectivas podrían afectar gravemente la capacidad de funcionamiento de la civilización humana y aumentar las posibilidades de colapso. Los autores de este análisis hicieron un llamamiento al sector de seguridad nacional y los ministerios de defensa para responder de manera más adecuada a estos riesgos mediante el

¹³ N. Ahmed, «Nasa-funded study: industrial civilisation headed for 'irreversible collapse'?, *The Guardian*, 14 de marzo de 2014, disponible en: <https://www.theguardian.com/environment/earth-insight/2014/mar/14/nasa-civilisation-irreversible-collapse-study-scientists>

¹⁴ N. Ahmed, «Scientific model supported by UK Government Taskforce flags risk of civilisation's collapse by 2040», *Insurge Intelligence*, 19 de junio de 2015, disponible en: <https://medium.com/insurge-intelligence/uk-government-backed-scientific-model-flags-risk-of-civilisation-s-collapse-by-2040-4d121e455997>

apoyo a una movilización integral al estilo de la Segunda Guerra Mundial para la transición a una civilización post carbono.¹⁵

Otra evaluación realizada en una reunión científica informativa organizada para alimentar el informe de Desarrollo Sostenible de las Naciones Unidas encontró que uno de los factores clave detrás del creciente riesgo de colapso es la naturaleza misma del modelo de crecimiento sin fin del capitalismo tal como está estructurado actualmente. Cuanto más escalamos nuestro consumo de recursos, materias primas, minerales y energía, más estamos gastando los recursos más baratos y abundantes, y por lo tanto, mayores son los costes de continuar con la producción. Sobre la base del trabajo pionero del ecologista Charles Hall, el estudio abogó por centrarse en el retorno de la energía sobre la inversión (EROI por su sigla en inglés) de los sistemas energéticos nacionales y mundiales para medir su eficiencia real. ¿La respuesta? Definitivamente decreciente. A medida que los costes aumentan al requerir mayores cantidades de energía y mecanismos de explotación más complejos, los retornos a la sociedad disminuyen. En resumen, a medida que utilizamos cantidades cada vez mayores de energía y recursos solo para extraer más energía y recursos, disminuye la cantidad que nos queda para sostener la financiación de los bienes y servicios públicos necesarios para mantener una civilización en funcionamiento. Esto no significa que nos estemos quedando sin recursos energéticos, sino que a medida que aumentan los costes de extracción de energía, cada vez tenemos menos recursos para invertir en bienes sociales clave.¹⁶

Los economistas franceses Victor Court y Florian Fizaine han demostrado en un reciente estudio del EROI global que hemos superado los niveles máximos de eficiencia. La cantidad de energía que podemos extraer de los combustibles fósiles en comparación con la energía que se solía extraer era lucrativamente alta, alrededor de 44:1 en los años sesenta. Desde entonces, ha disminuido inexorablemente a una media de poco más de 30, acompañado por una desaceleración en la tasa de crecimiento de la economía mundial, una disminución de la productividad y una expansión de la deuda. A este ritmo de declive, para 2100 se proyecta que extraeremos el mismo valor de EROI de los combustibles fósiles al obtenido en el siglo XIX. Si bien se podría producir más energía total real a fines de siglo, el excedente de energía disponible estará en los niveles del siglo antepasado, dentro de un marco de continuidad de las tendencias actuales centrado en los combustibles fósiles.¹⁷

¹⁵ N. Ahmed, «New Report Suggests 'High Likelihood of Human Civilisation Coming to an End' in 2050», *VICE*, 4 de junio de 2019, disponible en: https://www.vice.com/en_uk/article/597kpd/new-report-suggests-high-likelihood-of-human-civilisation-coming-to-an-end-in-2050

¹⁶ N. Ahmed, «This is how UN scientists are preparing for the end of capitalism», *Independent*, 12 de septiembre de 2018, disponible en: https://www.independent.co.uk/news/long_reads/capitalism-un-scientists-preparing-end-fossil-fuels-warning-demise-a8523856.html

¹⁷ N. Ahmed, «Inside the new economic science of capitalism's slow-burn energy collapse», *Insurge Intelligence*, 21 de agosto de 2017, disponible en: <https://medium.com/insurge-intelligence/the-new-economic-science-of-capitalisms-slow-burn-energy-collapse-d07344fab6be>

Esta situación ya está generando malestar social, polarización comunitaria y el resurgimiento del populismo en una situación en la que ni los gobiernos ni el público en general entienden realmente por qué las economías continúan experimentando disfunción crónica, inestabilidad y un crecimiento modesto.

El informe pronosticó que esta tendencia significa que el sistema económico actual, que depende de un crecimiento sin fin para sostenerse, simplemente no puede continuar, y augura un futuro de creciente malestar si no se realiza un cambio de rumbo. Inevitablemente, nos dirigiremos hacia un tipo de economía diferente: si no lo hacemos, en el peor de los casos, es posible que enfrentemos el peligro de un colapso.¹⁸

A principios de este año, el principal comité científico establecido para determinar la exactitud y la naturaleza de la definición del Antropoceno aprobó su propuesta de fijar 1950 como la fecha de inicio de la nueva era geológica.¹⁹ Aunque la aprobación es simplemente la primera etapa de un proceso científico de investigación más largo para desarrollar y corroborar adecuadamente lo que sigue siendo en términos científicos una mera hipótesis, los científicos basaron sus evaluaciones preliminares en la mitad del siglo XX como punto de inflexión importante hacia una nueva era caracterizada por la expansión industrial, la proliferación de productos químicos agrícolas y la invención y el despliegue de la bomba atómica, cuyos residuos radiactivos se incrustaron en los sedimentos y el hielo glacial convirtiéndose en parte del registro geológico. Todo esto demostró una huella humana inconfundible y sin precedentes en todo el planeta cuyos impactos serán visibles durante décadas, siglos y milenios.²⁰

La guerra, al parecer, está esculpida en los tendones del Antropoceno. Si bien se puede considerar que los siglos XX y XXI ejemplifican la dinámica intrínsecamente ecocida del crecimiento exponencial de la civilización humana, al mismo tiempo exhiben otra característica paralela: la proliferación sistemática de la guerra, la violencia masiva y las múltiples formas de genocidio. Estas características paralelas —ecocidio y genocidio—, la destrucción de nuestros ecosistemas que soportan la vida y la destrucción directa de las vidas de los miembros de nuestra propia especie no son fruto del azar, sino que son síntomas del sistema de la propia vida humana en su forma actual.

A partir de 1945, la civilización humana quedó atrapada entre el choque de dos ideologías industriales pseudocientíficas de crecimiento sin fin, capitalismo y comunismo, la pri-

¹⁸ N. Ahmed, *Failing States, Collapsing Systems: BioPhysical Triggers of Political Violence*, Springer Energy Briefs, 2017.

¹⁹ Grupo de trabajo sobre el Antropoceno, *Results of binding vote by AWG*, Subcommittee on Quaternary Stratigraphy, 21 de mayo de 2019, disponible en: <http://quaternary.stratigraphy.org/working-groups/anthropocene/>

²⁰ M. Subramanian, «Anthropocene now: influential panel votes to recognize Earth's new epoch», *Nature*, 21 de mayo de 2019, disponible en: <https://www.nature.com/articles/d41586-019-01641-5>

mera basada en la privatización extrema y la individualización, la última basada en la nacionalización extrema y la colectivización. Ambos paradigmas vieron a la Tierra como poco más que un depósito externo de recursos para ser explotados hasta el infinito para el consumo sin fin de una especie humana ahora autodefinida por su capacidad para la industria impulsada tecnológicamente. Ambos prometieron que sus paradigmas anunciarían oasis utópicos de prosperidad para sus respectivas sociedades. Ambas no solo “otrorizaron” a la Tierra en sí misma como un mero recurso para ser consumido por los seres humanos como una especie depredadora, sino que al mismo tiempo “otrorizaron” grandes secciones de poblaciones trabajadoras en sus propios territorios y más allá como poco más que instrumentos por los cuales aceleraron la productividad industrial, y pasaron a “otrorizarse” inconscientemente el uno al otro cada vez que se enfrentaban (e incluso cuando no lo hacían).

Si bien se puede considerar que los siglos XX y XXI ejemplifican la dinámica ecocida del crecimiento exponencial de la civilización humana, al mismo tiempo exhiben otra característica: la proliferación sistemática de la guerra y la violencia masiva

El resultado fue que en sus diferentes esfuerzos por expandirse, ambos sistemas llevaron a la muerte masiva de millones de personas en una escala colosal. Tanto la Unión Soviética como la China maoísta desplegaron brutales métodos de colectivización en su camino hacia la aceleración de la productividad que produjo previsible muertes en masa. Ambos generaban hambrunas artificiales. Las políticas de Stalin eliminaron el 80% de la población; el Gran salto adelante de Mao causó que 27 millones de personas murieran de hambre.²¹

Pero los gobiernos liberales occidentales también dejaron un rastro de sangre de un tipo bastante distinto, en la primera gran oleada de violencia desde los albores del Antropoceno como se define hasta ahora de forma tentativa. A partir de 1945, los gobiernos occidentales bajo el liderazgo de EEUU, con el manto de líder del “mundo libre capitalista”, llevaron a cabo una serie continua de intervenciones militares directas y secretas en todo el mundo. Las intervenciones militares occidentales generaron violencia continuada en más de 70 países en desarrollo en Asia, África, América del Sur y Oriente Medio desde mediados del siglo XX hasta hoy. El historiador británico Mark Curtis calcula que el número total de muertes directas e indirectas a causa de estas intervenciones es de aproximadamente 8,6 a 13,5 millones de personas, cifras que él mismo considera que están subestimadas. Las intervenciones a

²¹ N. Ahmed, «Structural Violence as a Form of Genocide: The Impact of the International Economic Order», *Entelequia*, núm. 5, otoño de 2007

menudo tenían como objetivo sofocar los movimientos nacionalistas para la autodeterminación. Aunque se justificó públicamente como acciones defensivas para repeler la subversión comunista, la evaluación de Curtis de los archivos históricos de los gobiernos de EEUU y Reino Unido reveló que los planificadores políticos habían inflado deliberadamente la amenaza comunista para justificar un militarismo destinado a defender los intereses comerciales occidentales y lograr el control de materias primas y recursos críticos. El mayor premio fue el control de las reservas estratégicas de combustibles fósiles en Oriente Medio.²²

El economista del desarrollo J.W. Smith ofreció una estimación más elevada de las víctimas, que situó entre 12 y 15 millones de muertes directas debido a las intervenciones militares occidentales, e indirecta de «cientos de millones» como consecuencia indirecta de la destrucción y reconfiguración de su economías. Smith identificó cómo las intervenciones occidentales allanaron el camino para la imposición de nuevas relaciones sociales capitalistas diseñadas para extinguir la resistencia interna e integrar a los países en desarrollo en la economía capitalista global.²³

En el siglo XXI, lejos de disminuir, esta trayectoria de conflictividad se ha intensificado. El motor sigue siendo el uso de la fuerza para expandir el acceso a los recursos y la mano de obra que lubrican las redes del capital global en constante expansión. Las principales intervenciones de la “guerra contra el terror” en Irak y Afganistán son esencialmente guerras por recursos. Los documentos del Ministerio de Relaciones Exteriores británico demuestran claramente que los planificadores de políticas estadounidenses y británicos vieron la invasión y ocupación de Irak como una forma de consolidar el acceso a una de las reservas de petróleo más grandes del mundo, al tiempo que asegurar el flujo continuo a los mercados globales con el fin de ayudar a estabilizar la economía global.²⁴ En Afganistán, los registros del Congreso han revelado los esfuerzos de larga data de EEUU y Occidente para establecer una ruta a través del Afganistán para el transporte de petróleo y gas desde Asia Central a los mercados occidentales, evitando a sus rivales estadounidenses, Irán y Rusia. En la década de los noventa, EEUU y los británicos incluso canalizaron el apoyo a los talibanes en un intento fallido de establecer la “seguridad” necesaria para lograr su plan. Consecutivamente, las administraciones de Obama y Trump continuaron respaldando el proyecto del gasoducto que sigue en construcción. En el Antropoceno las guerras de recursos cruzan las líneas políticas entre partidos.²⁵

²² M. Curtis, *Unpeople: Britain's Secret Human Rights Abuses*, Random House, Londres, 2004.

²³ J. W. Smith, *Economic Democracy: The Political Struggle of the 21st Century*, Institute for Economic Democracy, Arizona, 2003.

²⁴ G. Muttit, *Fuel on the Fire: Oil and Politics in Occupied Iraq*, Vintage, Londres, 2012.

²⁵ N. Ahmed, «Army document: US strategy to 'dethrone' Putin for oil pipelines might provoke WW3», *Insurge Intelligence*, 8 de marzo de 2018, disponible en: <https://medium.com/insurge-intelligence/army-study-us-strategy-to-dethrone-putin-for-oil-pipelines-might-provoke-ww3-9b1d9dbe6be9>

Tanto el conflicto de Afganistán como el de Irak provocaron una violencia de gran magnitud. Aunque las estimaciones de muertes más ampliamente aceptadas situadas en los cientos de miles son lo suficientemente terribles, podrían incluso quedarse pequeñas y ascender a un total de 4 millones de muertes directas e indirectas en ambos conflictos desde 1990.²⁶

En el siglo XXI, lejos de disminuir, la trayectoria de conflictividad se ha intensificado. Las principales intervenciones de la "guerra contra el terror" en Irak y Afganistán son esencialmente guerras por recursos

Desde entonces, en el Antropoceno se ha intensificado y proliferado la conflictividad en formas nuevas y sorprendentes a medida que los nodos más vulnerables de la civilización humana han comenzado a experimentar niveles de fallos y colapsos superpuestos debido a la lenta aceleración de las crisis convergentes de clima, energía, alimentos y agua. Los levantamientos de la Primavera Árabe de 2011 se convirtieron en una amalgama prolongada y unida de disturbios, guerras civiles y conflictos armados que abarcan múltiples teatros: Siria, Yemen, Libia y más. La Primavera Árabe fue provocada por protestas en los precios de los alimentos que, a su vez, fueron impulsadas por una serie de perturbaciones climáticas que llevaron a sequías y crisis climáticas extremas en las principales regiones de la cesta de alimentos del mundo. Muchos países de la Primavera Árabe, desde Siria hasta Egipto y Yemen, redujeron drásticamente los subsidios para alimentos y combustible en años anteriores, en gran parte debido al colapso de los ingresos estatales. Muchos de ellos habían sido exportadores de petróleo, pero a mediados de los noventa habían experimentado picos en sus recursos petroleros convencionales. Como la producción declinó, también lo hicieron los ingresos por exportaciones. Con la desaparición de los subsidios en los años anteriores a 2011, junto con el aumento de precios globales, se dispararon los precios de los alimentos básicos en estos países. A medida que el precio del pan se hacía inasequible, empezaron las protestas en las calles.²⁷

La crisis del Antropoceno del sistema Tierra desempeñó un papel fundamental en la prolongación y amplificación de esta crisis en Oriente Medio, que a su vez condujo a la migración y la búsqueda de asilo desde 2011 hasta 2015 en una escala sin precedentes. Los más

²⁶ N. Ahmed, «Unworthy victims: Western wars have killed four million Muslims since 1990», *Middle East Eye*, 8 de abril de 2015, disponible en: <https://www.middleeasteye.net/opinion/unworthy-victims-western-wars-have-killed-four-million-muslims-1990>; véase también N. Ahmed, «Iraq Body Count: undercounting death with pro-war cash», *Insurge Intelligence*, 10 de junio de 2015, disponible en: <https://medium.com/insurge-intelligence/iraq-body-count-undercounting-death-with-pro-war-cash-b8ec232551a8>

²⁷ N. Ahmed, Ahmed, *Failing States, Collapsing Systems...*, *Op. cit.*, 2017.

de un millón de desplazados que aparecieron en las costas de Europa escapaban de conflictos devastadores que habían sido creados o exacerbados por severas sequías amplificadas por el cambio climático. Según el coautor de un estudio clave sobre la conexión entre clima y migración, la Dra. Raya Muttarak, profesora titular de Geografía y Desarrollo Internacional en la Universidad de East Anglia, «el efecto del clima en la ocurrencia de conflictos es particularmente relevante para los países en Asia occidental en el período 2010–2012, cuando muchos sufrieron una transformación política durante los llamados levantamientos de la Primavera Árabe». Muttarak y su equipo demostraron que el cambio climático sentó las bases de las tensiones a fuego lento que llevaron al estallido de la guerra en Siria y en partes de la región, generando sequías que condujeron a un desplazamiento de población de grandes proporciones.²⁸

La migración masiva provocada por estos procesos, a su vez, ha transformado y radicalizado las políticas en todo el hemisferio occidental. Esta movilidad humana avivó los temores patrióticos que ayudaron a alimentar el surgimiento de movimientos nacionalistas extremos, que súbitamente hallaron nuevos nichos electorales para sus opiniones y políticas, captando cada vez a un número mayor de ciudadanos que se sentían desilusionados con el orden existente, pero no sabían cómo canalizar su desconcierto. Sabían, podían sentir, que algo estaba muy mal, que el antiguo orden se estaba derrumbando, pero su diagnóstico era incompleto, autocentrado y fragmentado. Como tal, ha conducido a un enfoque político reaccionario incompleto, autocentrado y fragmentado. La serie de victorias para la extrema derecha que siguió a la erupción de la crisis del sistema terrestre en Oriente Medio entre 2011 y 2015 fue una consecuencia directa de una respuesta cognitiva incoherente a la crisis, que reaccionó puramente a sus síntomas: un movimiento masivo de gente vulnerable y desesperada. Así, fuimos testigos de una serie de profundos cambios en la reconfiguración de los sistemas políticos occidentales, un endurecimiento y centralización del poder, un repliegue interior de los valores, un rechazo defensivo de la ciencia y una polarización de las identidades que se manifiesta en una serie de victorias de nacionalismos extremos. En 2014, los partidos de extrema derecha obtuvieron 172 escaños en las elecciones de la Unión Europea, casi un cuarto de todos los escaños en el Parlamento Europeo. En 2015, David Cameron fue reelegido como Primer Ministro con una mayoría parlamentaria, una victoria atribuida en parte a su promesa de celebrar un referéndum sobre la adhesión del Reino Unido a la Unión Europea. Sin que muchos lo supieran, los conservadores habían establecido silenciosamente vínculos de gran alcance con muchos de los mismos partidos de extrema derecha que ahora estaban capturando escaños en la UE. El año siguiente, en junio, el referéndum del *brexit* conmocionó al mundo con su resultado: un voto mayoritario para abandonar la UE. Seis meses después, el gurú inmobiliario y multimillonario Donald Trump

²⁸ G. J. Abel et al., «Climate, conflict and forced migration», *Global Environmental Change*, vol. 54, 2019, pp. 239-249. disponible en: <https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0959378018301596>

sorprendió al mundo nuevamente cuando se convirtió en el presidente del país más poderoso del planeta. Al igual que los conservadores en el Reino Unido, los republicanos también habían forjado conexiones transatlánticas con partidos europeos y movimientos de extrema derecha. Desde entonces, los partidos de ultraderecha han logrado continuos avances electorales en toda Europa: Italia, Suecia, Alemania, Francia, Polonia y Hungría. Ahora tienen algo más de un tercio de los escaños en el Parlamento Europeo y se están consolidando rápidamente en otros lugares: Filipinas, Brasil, India, Myanmar y más allá.

Los problemas y las tribulaciones de la política contemporánea, la creciente polarización entre izquierda y derecha y la incapacidad crónica de participar constructivamente a través de divisiones ideológicas se han convertido en una hiperrealidad de pantomima que inunda nuestra conciencia a través de las pantallas de televisión, ordenadores, teléfonos móviles y dispositivos portátiles. El eslabón perdido es el contexto planetario: las crisis de la política contemporánea son, de hecho, las mareas, pero están ocurriendo en la superficie de un océano en crisis cuya importancia es, a todos los efectos, ignorada en gran medida. La crisis política es un síntoma de la crisis acelerada del ecosistema terrestre. Y, como bien dice Clausewitz, la guerra es una continuación de la política por otros medios.

La guerra es, quizá, el síntoma más visible de los rasgos definitorios del Antropoceno. Si la civilización humana ha de sobrevivir, la tarea es reflexionar sobre lo que hemos hecho al prójimo y al planeta, y reconocer que estos dos fenómenos son parte del mismo paradigma autodestructivo

Sin embargo, no todos están de acuerdo en que el Antropoceno comenzó a mediados del siglo XX. Los geógrafos británicos Simon Lewis y Mark Maslin defienden el surgimiento más temprano de esta era sin precedentes que «se adhiere a los criterios geológicos para definir una época: 1610. Esta fecha marca el intercambio irreversible de especies tras la colisión del Viejo y el Nuevo Mundo», coincidiendo con «una caída inusual asociada en el CO₂ atmosférico capturado en los núcleos de hielo de la Antártida». Esta fecha alternativa del inicio del Antropoceno deriva del impacto medible de la agricultura en la colonización de América. La caída de CO₂ en ese momento, visible hoy en día en los núcleos de hielo, se debió al «rebrote de la vegetación en tierras agrícolas abandonadas tras la muerte de 50 millones de indígenas estadounidenses (en su mayoría de la viruela traída por los europeos). La anexión de las Américas por parte de Europa también fue un precursor esencial de la Revolución industrial y, por lo tanto, se conecta a las oleadas posteriores asociadas al cambio ambiental».²⁹

²⁹ S. L. Lewis y M. A. Maslin, «Geological evidence for the Anthropocene», *Science*, vol. 349, núm. 6245, 2015, pp. 246-247, disponible en: <https://science.sciencemag.org/content/349/6245/246.2>

Esta datación alternativa ofrece un replanteamiento convincente del Antropoceno que lo asocia directamente con la violencia del imperio. La fecha de 1610 proporciona el puente que conecta la violencia histórica del descubrimiento colonial con su consiguiente expansionismo a través de la conquista biológica; engloba las hambrunas masivas del “mercado libre” en Irlanda e India que fueron testigos de la muerte de entre un millón y hasta 12 millones de personas, respectivamente, así como el comercio transatlántico de esclavos que causó la muerte de hasta 65 millones de africanos durante cinco siglos. Se trata, pues, de un régimen internacional empapado en sangre que estaba inextricablemente vinculado a la formación de un sistema mundial capitalista, el mismo que posibilitó la Revolución industrial británica.³⁰

La guerra es, quizá, el síntoma más visible de los rasgos definitorios del Antropoceno. Si la civilización humana ha de sobrevivir, nuestra tarea es reflexionar sobre lo que realmente hemos hecho al prójimo y al planeta, y reconocer que estos dos fenómenos son parte del mismo paradigma autodestructivo que construye permanentemente divisiones, fronteras y límites en torno a las externalizaciones proyectadas del “otro”.

³⁰ N. Ahmed, «Thanksgiving: celebrating the hidden holocaust», *Insurge Intelligence*, 23 de noviembre de 2017, disponible en: <https://medium.com/insurge-intelligence/thanksgiving-celebrating-the-hidden-holocaust-b94716de7ad7>